

ÍNDICE

I	La escultura que silba	9
II	Los derrotados de la escalera	43
III	Los olvidos de Victoria Kent	63
IV	La casa de Antígona	77
V	Un agente secreto de pantalón corto	95
VI	Un consejero llamado Picasso	121
VII	Olor a queroseno	143
VIII	Dos amigos de la infancia y un amante de los caballos	171
IX	El Encanto de La Habana	211
X	‘Diorissima’ se pone nerviosa ante Jacqueline Kennedy...	237
XI	La cintura mágica de América	283
XII	Tres secretos del tiempo de la violencia	299
XIII	El humo de los ‘Llopis’ y olor del ‘veneno’	345
	Índice onomástico	363

I
LA ESCULTURA QUE SILBA

*E*l aire se cuele por entre los cortados muslos de bronce de la escultura de Lobo, una especie de mascarón de proa que mira al poniente, anclada en la esquina de una de las terrazas de la casa, al borde mismo del acantilado, y lleva un silbido agudo hasta el poblado de apenas un centenar de viviendas, rodeadas de una densa mancha verde de vegetación, en la cercana isla de Saboga, cuyos habitantes no atinan a descifrar ese oráculo del viento del este.

Las aguas del estrecho canal que separa Saboga de isla Contadora, apenas unos dos kilómetros, están tranquilas en esta calurosa tarde de principios de agosto de 2007, con solo un suave rizado superficial que se altera violentamente al paso de alguna pequeña embarcación de recreo o bajo el azacaneo incesante de las canoas con motor que los saboganos usan como autobuses marinos. También turban de vez en cuando esa pacífica tranquilidad de las olas los surtidores de agua que lanzan al aire un par de ballenas jorobadas que han pasado el día jugueteando en este cálido mar, donde descansan por unos días de su largo viaje desde las aguas heladas de Alaska.

Al norte, cuatro islotes rocosos entre las dos islas, casi a tiro de piedra, ponen un obstáculo al abierto panorama de ese ancho mar del Sur que vieron por primera vez los ojos de un europeo, Vasco Núñez de Balboa, el 25 de septiembre de 1513. Aunque de poco le valió su gloria de descubridor en esos tiempos de la ira y la violencia, porque la hazaña literalmente la pagó con la cabeza: se la hizo cortar el gobernador Pedrarias. Y, para más menoscabo de su figura, cuando Panamá logró ser un país libre y tuvo que poner nombre a su moneda, eligió el de balboa, que no es sino una pura ficción contable, porque no existe físicamente en billetes, reemplazados desde siempre por el dólar.

Otros ojos contemplan ahora el paisaje, en un silencio que se ve roto intermitentemente por el ronroneo de los motores que llega del mar o



La escultura de Lobo, mirando al mar desde la casa de José Félix Llopis en Contadora.

por el aleteo acompasado, como de ballet marcial, de una bandada de pelícanos que, en formación de punta de lanza, planea al ras de los tejados de la mansión, y el cotorreo de seis o siete loros que desde las ramas altas de un roble americano esperan lanzarse en picado para comerse los últimos mangos de la temporada que se dan en el jardín de la casa.

El paisaje parece arrancarle los recuerdos a José Félix Llopis:

Vi Contadora por primera vez hace ya muchos años, creo que era 1961, desde un yate, cuando iba a pescar pez vela a Bahía Piñas, casi frente a la costa colombiana, y claro, entonces no podía imaginar que pasado el tiempo yo tendría aquí una casa y sobre

todo que aquí iba a pasar los días y los ratos más tranquilos y felices de mi vida...

Los cristales de sus gafas no acaban de ocultar la viveza de unos ojos que en ocasiones muestran un vislumbre de malicia, ni un ligerísimo tartamudeo le quita a sus palabras fuerza o convicción: “Y por supuesto, lo que menos podía pensar entonces es que mis cenizas irán a parar a estas aguas que rodean la isla”.

Las aguas se estremecen como si el sofocante calor vespertino las hiciera hervir ligeramente y, casi en lo que dura un parpadeo, el anochecer se ha echado encima, con esa rapidez, tan lejos del tópico romántico de los atardeceres eternos, con la que el sol se pone en los trópicos. En el horizonte ya han desaparecido los contornos de Saboga y de los islotes y el silencio se deja sentir como si Contadora regresara entre tinieblas a su pasado, envuelta en el misterio y en las turbulencias que originaban las riquezas que aquí se repartían.

Apenas dos años después de que Vasco Núñez de Balboa hubiera divisado desde la cima de una montaña del Darién de Chucunaque las aguas que bautizaría como Mar del Sur, los conquistadores españoles Gaspar de Morales y Francisco Pizarro ya tenían exploradas y sometidas las principales islas del archipiélago, al mando de Pedrarias Davila, gobernador de Santa María del Darién, quien seis años más tarde, tras una farsa de juicio, el 15 de enero de 1519 mandó que le cortasen la cabeza al descubridor del mar. Nunca se supo dónde fue a parar su cuerpo, y hasta el nombre de Mar del Sur quedó borrado cuando en 1520 Fernando de Magallanes, en el viaje de su vuelta al mundo, lo renombró como Pacífico por su aparente calma.

Morales y Pizarro, quienes acabaron con los pocos indios que habitaban algunas, pocas, de las doscientas cincuenta islas e islotes que formaban el archipiélago, unos cincuenta kilómetros al sur de la costa de Panamá, hicieron un descubrimiento asombroso: la riqueza de ostras perlíferas de sus aguas, de las que saldrían varias de las perlas más famosas del mundo; entre ellas, quizá la que más literatura ha generado a través de los siglos, *La Peregrina*, del tamaño de un huevo de paloma, que un tal Diego de Témez, rico conquistador de Panamá, le regaló a Felipe II y éste a su vez como regalo de bodas a María Tudor, hija del rey inglés Enrique VIII y conocida como *La sanguinaria*. La

perla, después, formó parte del equipaje fraudulento que José Bonaparte, a quien su hermano puso de rey en España, sacó del reino perdido al huir, y más tarde su familia la vendió al marqués escocés Abercorn; en 1969 terminó adornando el escote de la actriz Liz Taylor después de que su marido, Richard Burton, se desprendiese de 37.000 dólares en la casa londinense que la subastó.

Tres años después del descubrimiento y sometimiento de las islas, en 1518, se inició una repoblación con negros esclavos a los que llevaron allí expresamente para pescar las ostras por buceo. Así empezaron siglos de violencia. Las perlas y la reciente conquista del Perú, con todas las riquezas que los barcos españoles transportaban a Panamá, camino de Portobelo, pasando lógicamente por entre las islas del Archipiélago, son un poderoso e irresistible imán para los piratas ingleses, franceses, portugueses y holandeses que utilizan las islas como refugio y lanzadera para sus ataques. El Archipiélago llega a convertirse en un infierno para la flota de España, y una de sus islas va a empezar a ser conocida con un nombre muy gráfico: Contadora, porque, según la versión de algunos cronistas, allí se reunían los piratas para repartir –contar– su botín. Otras fuentes relacionan el nombre con que allí se contaban las perlas para el conveniente reparto entre los conquistadores y la Corona de España.

Pero todo pasa, incluso la violencia. Las ostras perlíferas se fueron agotando bajo aquel saqueo permanente, aunque todavía hoy se logran algunas especialmente hermosas en Isla Casaya. Tantas cosecharon los esclavos bucedadores que el Inca Garcilaso, en sus *Comentarios reales de los incas*, dice que “en 1564 trajeron tantas perlas para su majestad que se vendieron en la contratación de Sevilla, puestas en un montón, como si fuera alguna semilla y andaban las perlas en pregón”. También decayó el tráfico marítimo que partía de Perú, pasando entre las islas del Archipiélago camino de la costa meridional panameña para luego cargar las mercancías a lomos de mulas y atravesar los ochenta kilómetros del istmo hasta Portobelo, en la costa norte. Portobelo, que a principios del siglo XVII inició una decadencia imparable, había sido desde su fundación en 1578 el lugar del que partieron los galeones que llevaron a España esas inmensas riquezas, para que luego los Austrias dilapidaran la mayor parte en sus guerras europeas.

Las aguas del Archipiélago recobraron entonces su tranquilidad y en unas pocas islas –Saboga, Casaya y del Rey sobre todo– se establecieron

algunos esclavos cimarrones fugados, que fueron tal vez el origen de los poblados que quedan en la actualidad. Después llegaron los años del olvido, y el brillo de los botines se apagó bajo el verdor intenso de una vegetación que se hizo feraz y avasalladora.

Habría que esperar a finales de la década de 1970 para que Contadora, o San Isidro de Contadora, como ha figurado en algunas cartas náuticas, saliera otra vez a la luz de la actualidad. Fue gracias a un panameño con visión de la importancia del turismo para el desarrollo de los países, Gabriel Lewis Galindo, que propició la construcción de un hotel con participación de capital español. Tras diversas vicisitudes, el hotel termina por inaugurarse en diciembre de 1975 y se va a convertir en escenario de algunos eventos que ponen el nombre de la isla en las primeras páginas de la prensa internacional.

En 1975, el hotel se elige como sede de las negociaciones de los Tratados Torrijos-Carter, que concluirían con la entrega del Canal a Panamá; acababa así la larga etapa de control y manejo estadounidense que había empezado con su inauguración, el 15 de agosto de 1914. Si el hotel, como sede de las negociaciones, llevó el nombre de la isla de Contadora a las páginas de la prensa internacional, con una campaña de publicidad *sui generis* pero impagable, los Tratados mismos ponían definitivamente el destino de Panamá solo en manos de los panameños. El tesón del general Torrijos en esta cuestión y la liberalidad del presidente Carter, al que atacaron duramente los sectores ultraconservadores de Estados Unidos, convirtieron a Panamá en el país más independizado de la historia de América; primero, como parte del virreinato de Nueva Granada, se independizó de España; cuando se empezó a construir el Canal, en 1903, lo hizo de Colombia; y finalmente, aunque no fuera una independencia estricta legalmente, lo hacía de Estados Unidos, que mientras gobernaba el Canal siempre contempló a Panamá como un territorio bajo su égida.

A las doce del mediodía del 31 de diciembre de 1999, Panamá era por fin dueño absoluto de todo su territorio, pues en ese momento quedaba abolido el Tratado Hay-Bunau Varilla, que el 18 de noviembre de 1903 le había concedido a Estados Unidos el derecho a construir el Canal y a operarlo a perpetuidad. A tal punto entendieron lo de perpetuidad, que los mapas oficiales de ese país marcaban la zona del Canal como posesión ultramarina de Estados Unidos, y ocho bases militares

norteamericanas a lo largo de la zona canalera estaban allí para atestiguarlo. Esa perpetuidad era un cobro por servicios prestados, pues sin la ayuda militar de Estados Unidos era impensable que Panamá se hubiera desgajado, como país independiente, de Colombia.

Diez años de trabajo se llevó la obra, que abrió una especie de profunda herida de unos ochenta kilómetros, de norte a sur del istmo, en la que se removieron unos doscientos millones de metros cúbicos de tierra y roca, se gastaron casi cuatrocientos millones de dólares y miles de obreros se dejaron la vida en esos tajos selváticos e insalubres; a muchos de los cuerpos aún les sacaron un último rendimiento: metidos en toneles llenos de salmuera, los mandaban a las facultades de medicina del norte de Europa, que pagaban muy bien y al contado la “mercancía”.

Para un detalle más exacto de todas las vidas que costó el Canal, habría que sumar la de los veintiún panameños que el 8 de enero de 1964 fueron masacrados por disparos estadounidenses. Los hechos en realidad comenzaron el 3 de enero, cuando en la zona del Canal izaron la bandera de Estados Unidos sin estar acompañada de la panameña, como era preceptivo. Cuatro días después, unos estudiantes estadounidenses que estaban allí repitieron la provocación. Entonces, el 9 de enero, unos doscientos panameños entraron en la zona del Canal y reclamaron a las autoridades que se hiciera ondear la bandera panameña junto con la de Estados Unidos. Obtenido el permiso, cantaron ante ella el himno nacional, y unos minutos después fueron detenidos por agentes de la policía.

La noticia corre rápidamente por la ciudad, se extiende por el país y en pocas horas miles de panameños se concentran frente a la zona del Canal. La policía pide refuerzos al ejército acantonado en las bases, y alrededor de las ocho de la noche los militares entran en acción con armas pesadas y de largo alcance, disparando incesantemente contra la multitud desarmada. El sábado 11 de enero se da un informe oficial: han muerto veintiún personas, la mayoría estudiantes, y más de quinientas han resultado heridas.

Tanto esfuerzo y tantas muertes en la construcción de la vía acuática se vieron compensados el 15 de agosto de 1914, cuando el vapor *Ancón* cruzaba por primera vez en pocas horas del océano Atlántico al océano Pacífico, evitándose la navegación de casi ocho mil millas que costaba

la conexión de los dos mares por el Estrecho de Magallanes. En 1928 un norteamericano, Richard Halliburton, quiso cruzar a nado el Canal, una travesía en la que invirtió diez días, y la única condición que le impusieron las autoridades del Canal es que de acuerdo a las tarifas tenía que pagar treinta y seis centavos de dólar. Y los pagó.

Setenta y un años después, en 1999, en la historia canalera se registraría la cantidad récord que tuvo que pagar un barco por cruzar sus aguas: los armadores del buque de carga rodante *Sisler* desembolsaron 184.114 dólares por el servicio, cifra que saltaría en pedazos el 10 de junio de 2008 con un nuevo récord: los 331.200 dólares que pagó el gigantesco crucero *Disney Magic* por navegar por las aguas del Canal para pasar del Océano Pacífico al Atlántico.

Tras dejar la presidencia de su país, Carter se convierte en una especie de peregrino internacional siempre presto en acudir a desfacer entuertos dictatoriales y apoyar cualquier proceso democrático que le reclame en socorro de esa cándida doncella que es la libertad, acosada sin descanso ni misericordia por corruptos y tiranos. Su esfuerzo y su constante dedicación le hicieron en 2002 ganador del premio Nobel de la Paz.

En Panamá, Carter es un personaje querido y viaja al país con frecuencia, casi siempre invitado por Samuel Lewis, hijo del prohombre panameño que impulsó el turismo de Contadora, y en cuya casa se aloja. Allí está, acompañado de su esposa Rosalynn, en las navidades del 2003, y una tarde ambos acuden a tomar una copa a la mansión de José Félix Llopis. La reunión transcurre agradable y Carter le comenta a Llopis que tiene algunos problemas de articulación en las piernas y que necesita hacer ejercicio con frecuencia. Están al borde de la piscina, que rodea uno de los salones acristalados de la casa. “¿A usted le importaría que viniese a nadar un poco en su piscina, señor Llopis?”, pregunta. “¿Cómo me va a importar, señor Carter, la casa esta a su disposición!”. Carter agradece el ofrecimiento, y la charla continúa. Está anocheciendo y a José Félix, en el clima distendido de la velada, se le ocurre hacer una demostración de una rara habilidad que ha adquirido a través de los años: desgolletar botellas de champán con un machete de los que usan los campesinos panameños tanto para desbrozar los campos como para abrir cocos o descabezar serpientes en la selva. Un criado trae unas botellas de champán, Llopis se levanta y de una mesa cercana coge un machete, lo desenfunda, se da la vuelta machete en



El matrimonio Carter, con Alberto Mota, en la casa de José Félix (primero por la derecha) en Contadora, ante una escultura de Sebastián.

ristre y, antes de que pueda abrir la boca, los dos guardaespaldas de Carter saltan sobre él como tigres. El estupor general rápidamente pasó a carcajada contagiosa y José Félix pudo blandir el machete y con un golpe seco desgolletó la botella.

A las siete de la mañana del día siguiente, avisan a José Félix de que en la puerta de la casa están Carter y sus dos guardaespaldas. Rápidamente sale a recibirlos.

–Buenos días, señor Llopis; aquí me tiene, listo para utilizar su piscina. –Y la utilizó.

Otro premio Nobel va a pasar por Contadora años más tarde, aunque cuando es huésped de la casa de José Félix Llopis aún no ha recibido el galardón, que por fin le llegaría el 6 de octubre de 2008. El francés Luc Montagnier había identificado, en 1983, lo que sería uno de los más grandes descubrimientos del siglo XX por su trascendencia social, el virus de inmunodeficiencia humana (VIH) que era el causante del sida. Tras su descubrimiento se originó una agria disputa, pues el norteamericano Robert Gallo también se proclamó descubridor del virus. Después de algunos intentos de acuerdo, en los que llegaron a intervenir incluso los presidentes de Estados Unidos y Francia, Ronald Reagan y Jacques Chirac, en 1987 se les concedía a ambos el prestigioso premio norteamericano Lasker, afirmando, en un acta salomónica, que a Montagnier

se le otorgaba por ser el descubridor del VIH y a Gallo por llegar a la conclusión de que tal virus era el causante del sida. Unos años después, en el 2000, también iban a compartir el premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica, aunque el francés seguía afirmando que Gallo se había apoderado fraudulentamente de su descubrimiento.

En 1997, Montagnier visitó Panamá para explorar la posibilidad de crear en ese país un Centro Regional de Investigación y Prevención del sida, que estaría radicado en el Hospital Gorgas, en la Zona del Canal administrada todavía entonces por Estados Unidos. El proyecto, que contaba entre otros con el firme apoyo del cardiólogo panameño Jorge Mota, hijo de Arturo Mota, amigo de José Félix, no llegó a fraguar.

El 6 de octubre de 2008, la Academia sueca anunciaba que Luc Montagnier, de 77 años, había sido galardonado con el Premio Nobel de Medicina, aunque igualmente en esta ocasión lo compartiría con el alemán Harald zur Hausen y la francesa Françoise Barré-Sinoussi.

La noticia provocó inmediatamente en José Félix Llopis el recuerdo:

En los días en que el doctor Montagnier estuvo en Panamá asistí a algunos de sus actos y reuniones y al final le invité a que pasara un fin de semana en Contadora, lo que aceptó muy complacido. Una de las cosas que más me sorprendió de él era la vitalidad que tenía para su edad; era incansable, no paraba de hacer cosas. En una de las sobremesas, le pregunté que si tenía algún método para no cansarse, y rápido me respondió: ‘el selenio, amigo Llopis, el selenio... Se lo he recomendado al Papa y creo que le va muy bien. Haga usted lo mismo, no deje de tomar selenio...’. Y desde entonces he seguido su consejo y tomo selenio, que luego supe que era un antioxidante muy eficaz y prevenía contra ciertos tipos de cáncer...

Casi no han acabado las negociaciones de los Tratados Torrijos-Carter cuando otro acontecimiento hace saltar el nombre de Contadora a la prensa mundial. El 15 de diciembre de 1979 llega a la isla el sah de Persia, Mohammed Reza Pahlevi, que el 17 de enero de 1979 había tenido que dejar su poder de sátrapa e iniciar un doloroso peregrinaje como exiliado apestado e indeseable.

El régimen militar de Panamá le ofrece cobijo en Contadora, quizá presionado por Estados Unidos, pero, al parecer, no de forma gratuita, ya que por las cancillerías de medio mundo circuló entonces el rumor de que el sah tuvo que dar doscientos mil dólares para los fondos reservados e incontrolados de la Guardia Nacional, que, aunque estaba teóricamente bajo la dirección del general Omar Torrijos, en la práctica quien la manejaba con mano férrea era el entonces coronel Noriega, como jefe de los servicios de inteligencia. Hubo que esperar unos años para saber la verdad, pero al fin se supo.

En 1987, el general Manuel Antonio Noriega controla ya con descaro de dictador desmandado todos los centros del poder en Panamá, tras la muerte en un confuso accidente de aviación de Omar Torrijos, el 31 de julio de 1981 y el breve paso en la comandancia suprema del general Rubén Darío Paredes.

Tan fuerte se ve Noriega, que el 2 de junio de 1987 obliga a que se jubile forzosamente el coronel Roberto Díaz Herrera, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas de Defensa desde 1983 y sobrino de Torrijos. Su expulsión de las Fuerzas de Defensa convierte al coronel Herrera en un jabalí herido dispuesto incluso a morir, pero dando dentelladas, que no se hacen esperar. Unos días después de su jubilación forzosa hace unas declaraciones a la prensa detallando las operaciones con las que se han enriquecido ilícitamente él mismo y el general Noriega. Una de las fuentes de ingresos de dineros malhabidos era notoriamente conocida en todo Panamá: la “tasa” que cobraban a todos aquellos inmigrantes para la adquisición de visas de residentes en el país, y que oscilaba entre los diez mil y los cien mil dólares.

Y Díaz Herrera también desvela la realidad de lo que había sido un rumor de cancillerías: el sah de Persia les regaló a las Fuerzas de Defensa de Panamá doce millones de dólares como “compensación” por la protección que se le iba a prestar mientras estuviera en Contadora. A seis millones por mes le salió esta “protección” al sah, pues ese fue el tiempo que permaneció en la isla, alojado en la casa de Gabriel Lewis Galindo; para entonces, con un cáncer terminal, apenas abandonaba la mansión y se limitaba a jugar unas partidas de tenis con un empleado del hotel. Dos meses más tarde de su llegada, abandonó la isla camino de Egipto, donde murió el 27 de julio de 1980 y en donde Anuar El-Sadat le dispuso un funeral de Estado, con veintiuna salvas de cañón, en la mezquita Al Rifai, en El Cairo.

El 22 de diciembre de 2002 llega a la casa de Llopis en Contadora otro personaje del momento, también en busca de un breve refugio para intentar serenar una crisis: María Isabel Rodríguez, esposa del presidente venezolano Hugo Chávez, ha dejado su hogar en Caracas y en compañía de un hijo de quince años de su primer matrimonio, de su hija Rosinés y de su madre Carmen, se convierten en huéspedes de José Félix, que por esos días se encuentra en Francia.

La invitación para que Marisabel fuera a Contadora se la cursó Alberto Mota, que tenía la concesión de los *duty free* en Venezuela. Los *duty free* eran gestionados por una organización llamada Fundación del Niño, de la que era presidenta la primera dama venezolana, en ese caso Marisabel de Chávez. Por esa relación, Alberto Mota y Aurelio Barría, que ya trabajaba para él al haber yo cesado en mis negocios, le propusieron que pasara unos días en Contadora, se alejara de las tensiones que al parecer se habían suscitado en el matrimonio. Cuando Alberto me consultó, por supuesto que puse mi casa a su disposición. Allí pasaron las Navidades y, cuando se fueron, Marisabel me escribió una carta muy amable para darme las gracias por haber podido disfrutar de la belleza y la majestuosidad del paisaje, me decía. Meses más tarde, se hizo pública la separación del matrimonio y Marisabel dejó de ser la primera dama de Venezuela y presidenta de la Fundación.

A principios de los años ochenta del siglo XX, Centroamérica es un volcán. Nicaragua y El Salvador se desangran en conflictos revolucionarios que terminan afectando a Guatemala, con una desatada violencia paramilitar, a Costa Rica y al mismo Panamá, que soporta además la dictadura de Manuel Antonio Noriega, muerto ya el general Omar Torrijos, con una mezcla de tratos con el narcotráfico, apoyo subterráneo a grupos guerrilleros americanos y doble juego con los servicios de inteligencia de Estados Unidos.

La situación es tan inquietantemente explosiva que cuatro países, México, Colombia, Venezuela y Panamá, como anfitrión, deciden tomar cartas en el asunto y envían a sus ministros de Exteriores a una reunión

en el casi recién estrenado hotel de la isla de Contadora. Allí firmaron el Acta de Contadora para la Paz y Cooperación en Centroamérica, y a partir de entonces se oía el nombre de Contadora casi a diario en las noticias, con una resonancia tanto de violencia y horrores como de una paz deseada y lejana.

Pero José Félix Llopis no tuvo que esperar a que los periódicos le recordasen la existencia de la isla. Desde aquella visión suya a bordo de un yate, su imagen se le había quedado bien grabada, no se imaginaba entonces muy bien por qué ni para qué. Solo en 1981 supo, por fin, que aquel iba a ser su refugio, ese lugar de la utopía en el que uno sueña para huir de todo, pero que en este caso no era ese sitio “que no existe”, sino que estaba a unos ochenta kilómetros al sur de las costas continentales panameñas.

Los mapas dicen que Contadora esta situada en la latitud $8^{\circ} 37' 90''$ norte y longitud $79^{\circ} 02' 09''$ oeste, y que tiene una extensión de 120 hectáreas, con trece playas y unas ciento cincuenta casas, levantadas sobre los pequeños acantilados rocosos o al nivel del mar, y que vistas desde el aire ofrecen la imagen de una especie de muralla medieval erigida para defender su intensa vegetación boscosa de ataques indeseados de constructores y promotores inmobiliarios sin escrúpulos. Pero una definición más exacta, mucho más pegada a la realidad, sería decir que Contadora es todavía una de las escasas orillas que van quedando de ese trópico virginal, con islas de selvas intocadas, que en la época de nidificación se pueblan de centenares de miles y miles de aves, con playas de arenas blanquísimas en recoletos islotes que solo visitan las tortugas y por los que zascandilean las iguanas, y con aguas templadas por donde transitan en grupos numerosos las ballenas jorobadas.

La noche se ha cerrado y los focos de las terrazas reflejan su luz en unos nubarrones negros que han llegado desde el este casi de repente; dos secos truenos seguidos anuncian la inminente tormenta que en pocos minutos descarga una lluvia desaforada que alivia algo el sofocante bochorno de la noche.

“En 1981 supe que vendían en la isla una casa y sin dudarlo un momento la compré, en un impulso al que estaré siempre agradecido”. La casa, en el mismo borde de un pequeño acantilado rocoso de unos veinte metros de alto, existe todavía casi tal como la compró, pero ya integrada en una construcción modernista que diseñaron dos jóvenes arquitectos



Vista aérea de la casa de Contadora.

panameños y que desde el mar se contempla como una mancha blanca que trepa por la roca del acantilado, coronada por amplias terrazas y zonas arbóreas salteadas por esculturas de los españoles Lobo y Berrocal, los mexicanos Sebastián y Macotella, el panameño Trujillo, el venezolano Monasterios, la francesa Marie-Jo Bourron, que dejan una mínima constancia de lo que ha sido la gran pasión de su vida: coleccionar obras de arte.

Sigue lloviendo y los truenos, que se han hecho más cercanos y ruidosos, le provocan un instinto reflejo.

Es curioso, pero uno de los primeros recuerdos que tengo más grabados de la Guerra Civil española; yo entonces era un niño de nueve años, y entró un obús que no llegó a explotar en la casa donde veraneábamos, en La Granja de San Ildefonso. No mató a nadie pero nos llevamos un susto espantoso. Aunque en realidad, lo primero que recuerdo de mi niñez es la entrada en mi

dormitorio de una pareja de la guardia civil, con su tricornio, me impresionaron tanto que me parece que los estoy viendo, una mañana de octubre de 1934. Nosotros vivíamos en un edificio de reciente construcción que todavía existe, en la glorieta de Cuatro Caminos, en Madrid, y mi padre, que era médico, pertenecía al Partido Socialista Radical. Por eso en la Revolución de Octubre del 34 la guardia civil fue a registrar mi casa, no encontraron nada y no nos pasó nada, pero el susto fue mayúsculo, imagínate, un niño de seis o siete años viendo entrar de sopetón a una pareja de la guardia civil en el dormitorio, que hasta revolviéron en mi cama...

La tormenta, que aparece casi a diario en las primeras horas de las noches de agosto, que es la época de lluvias, parece suspendida ahora sobre el canal que separa Saboga de Contadora y el viento lleva olor a mar y a selva, que su nariz, bien entrenada por muchos años de contacto con los perfumes, distingue con nitidez. Un breve aleteo de su nariz y capta, dice, entre la confusión de aromas que transporta la brisa, el salobre marino del humus medio descompuesto que se desprende de los suelos selváticos de los alrededores. De nuevo el motor de la memoria.

Süskind, el autor de *El perfume*, hizo un relato maravilloso de ese fascinante mundo del olor; la gente huele pero raramente se para a pensar en todo lo que ese sentido representa, en cómo actúa en nuestras sensaciones, en lo que nos provoca y en que no todas las pieles humanas aguantan un determinado olor. Yo he estado vendiendo perfumes prácticamente toda mi vida y he visto que, por ejemplo, un 'Diorissimo', una de las esencias más caras del mercado, hacía estragos en determinadas mujeres, que aun así se empeñaban en ponérselo porque era signo de distinción social y poder económico, ¡qué horror...! Pero ya digo, el mundo de los perfumes es apasionante, para lo bueno y para lo malo... Al poco tiempo de ser ya director general de Dior para América Latina, me hicieron desde Venezuela un pedido sorprendente, querían inada menos que doscientos Baccarat, unos frascos de cristal hechos a mano, con esencia de Dior, que ahora

son piezas de coleccionista y valen una fortuna si se encuentran...! Yo hice el pedido a París y claro, allí pensaron, con la lógica francesa, que yo lo que pedía en realidad eran dos Baccarat, ipero doscientos...! Pues se enviaron, y sé que en muy pocos meses los habían vendidos todos y cada frasco valdría por entonces unos trescientos dólares, que era una cantidad muy respetable para 1960... Pero bueno, Venezuela era el país de América Latina donde más perfumes y champán francés se vendían por aquellos años, gracias sobre todo a su petróleo y la especial idiosincrasia de la sociedad venezolana...

Sigue la tormenta, aunque los truenos se van espaciando y la lluvia se hace más mansa. Y sigue la memoria buceando en el cajón oscuro de donde salen recuerdos que se hilvanan con lo que ocurre en el ambiente. El tronar, los relámpagos.

De niño, mis padres me mandaron al Instituto Escuela, que por aquel entonces era uno de los centros donde se impartía la enseñanza más libre y experimental de Madrid y allí conocí a la que luego sería famosa actriz, María Casares, que era cuatro o cinco años mayor que yo y que ya tenía una afición enorme a las tablas; se veía que el teatro iba a ser su vida, pues actuaba en todas las obras que se representaban en el centro, así que algunas veces estuvimos juntos en el escenario... No sé por qué, pero algo me debió de impresionar especialmente, porque yo era muy niño pero la recuerdo en una de sus actuaciones en la obra de Jacinto Benavente *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*, aunque lo que no sé es si ella hacía de ese príncipe harto de leer libros de hadas que cree que esas cosas ocurren en la realidad y, claro, ise lleva cada chasco...! Era la hija de Santiago Casares Quiroga, que por aquel entonces creo que ya era presidente del consejo de ministros o al menos lo era cuando se produjo el golpe de Franco y tras la guerra emigró a Francia acompañando a su padre y allí fue donde se hizo la grandísima actriz que llegó a ser, y por ese acaparamiento tan francés para apropiarse de los genios, allí la consideraban francesa, entró en la Comedia Francesa, fue amante de Albert Camus, en fin, toda una gran figura...

Otro de mis compañeros, del que me hice muy amigo, era Juan Manuel Ortega, hijo de Eduardo Ortega y Gasset, fiscal de la República y hermano del famoso filósofo. Los actos terroristas eran por entonces en Madrid, bueno, y en casi toda España, el pan nuestro de cada día... Un día, debió de ser a finales de 1934, pusieron una bomba en la casa de los padres de mi amigo, al parecer obra de algún grupo falangista... Por fortuna, no murió nadie pero la casa quedó completamente destruida, a tal punto de que mi amigo se tuvo que ir a vivir con nosotros, en nuestra casa de Cuatro Caminos... La situación en España se hacía por momentos más explosiva e incontrolable y bueno, al final llegó la guerra y empezó para mí una vida completamente distinta, aunque en realidad yo la guerra prácticamente no la vi, pues en los primeros meses de 1937, cuando ya mis padres estaban en París con mi hermana y mi hermano Álvaro estaba estudiando en Alemania, digo que muy a principios del 37, a mí y a mi abuela Balbina nos canjearon, porque estábamos en La Granja, que era zona nacional, y pudimos viajar para reunirnos con nuestra familia; la guerra, lo que se dice guerra, yo no la viví, aunque en 1939, con la victoria de Franco, empezaron a llegar a París los exiliados y yo, ya con once o doce años, me empecé a dar cuenta de lo que había sido aquella espantosa tragedia...

Muchos años más tarde y muchas peripecias después, isla Contadora terminará por ser una especie de estación en la vida de José Félix Llopis, ajetreada vida de viajes y residencias que fueron salpicando una variada geografía –París, Caracas, La Habana, México, Panamá–, con la añadidura de que parecía el heraldo anunciador de golpes de Estado y revoluciones. Nada más llegar a Venezuela, acaban de tumbar al presidente Rómulo Gallegos, y el país se apresta a entrar en una cruel dictadura que encerrará a los prisioneros políticos en el infierno de Guasina; al poco tiempo de establecerse en La Habana, cae el dictador Batista y toma el poder Fidel Castro, con las consecuencias que la historia ha ido contemplando. Y será testigo de los primeros pasos de la dictadura de Augusto Pinochet, que asesinará brutalmente a Carmelo Soria, viejo conocido de Llopis. Y todavía, años después, sería testigo de la violencia casi endémica que se originaba en algunos sectores del

PRI mexicano y la típicamente caribeña del Panamá de Manuel Antonio Noriega. Aunque no es que la violencia persiguiera a José Félix Llopis, como el trueno al rayo, sino que había llegado a América.

Apenas José Félix Llopis pisa por primera vez el continente americano, en Caracas, cuando el general que tumbó al presidente Gallegos, Carlos Delgado Chalbaud, es torturado y asesinado el 13 de noviembre de 1950, y el autor intelectual, el general Marcos Pérez Jiménez está ya maniobrando para hacerse con el poder, lo que logra en 1952, estableciendo en Venezuela una brutal dictadura que dura hasta el 23 de enero de 1958 y que de alguna forma cambió el destino del recién llegado joven español.

Tampoco en aquellos días podía saber Llopis que pasado los años iba a invitar a pasar unos días en su casa de Contadora a un ex presidente de Venezuela, Luis Herrera Campins.

Cuando invité a Herrera Campins a que viniera a pasar unos días a Contadora, solo puso una condición muy curiosa: quería que en la casa hubiera una hamaca donde echarse la siesta. Por supuesto que en la casa había hamacas, donde él dormiría un buen rato después de comer, así es que ese problema estaba resuelto. Y yo, por mi parte, también me preocupé de resolver otra cuestión de intendencia: tener abundante provisión de bombones de chocolate Toronto, que eran su debilidad, aunque él decía que exageraban esa afición suya... Pero lo que sí es verdad es que Herrera Campins fue un presidente que le dedicó una grandísima atención a la cultura. Cuando la dictadura de Pérez Jiménez, tuvo que exiliarse a España y desde allí no dejó de combatir al dictador.

Era un hombre de una gran llaneza. En una especie de recordatorio de su estancia en Contadora, dejó escritos dos versos del poeta venezolano Alberto Arvelo Torrealba: ‘Hoy, siendo ayer de mañana / mañana de ayer ha sido’ y la fecha en que lo escribió, el 28 de noviembre de 1984, cuando tan solo hacía siete meses que le había cedido la presidencia a Carlos Andrés Pérez. Acompañando a Herrera Campins llegó también Aristides Calvani, que había sido ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno de Rafael Caldera, quien murió unos meses después en un accidente de aviación en Guatemala. Yo recuerdo a Calvani como



José Félix, con el ex presidente de Venezuela Luis Herrera Campins.

un auténtico caballero, un hombre cultísimo, muy sencillo, la verdad es que las sobremesas con él y con Herrera Campins, los dos demócratas cristianos, eran una verdadera delicia...

Herrera Campins, para su mala fortuna, fue el sucesor en la presidencia de Venezuela de Carlos Andrés Pérez, que en agosto de 1975, poco después de tomar posesión de su cargo, había nacionalizado el petróleo, la principal fuente de riqueza del país, que siempre ha pendido sobre la economía venezolana como una bendición y una maldición. Ahí empezó la corrupción devoradora que llevaría a Venezuela por el camino tortuoso que vino a desembocar en el iluminado, vocinglero y gestual Hugo Chávez como inquilino del Palacio de Miraflores.

Con el petróleo en manos del gobierno de Carlos Andrés Pérez, todo se desbocó: la burocracia creció hasta límites inconcebibles, las importaciones de bienes de consumo aumentaron hasta la locura, la deuda externa se infló sin tino, los capitales emprendieron la huida... Cuando estaba finalizando el periodo presidencial de Carlos Andrés

Pérez, el Estado tenía setenta y nueve empresas propiedad del gobierno y ciento cuarenta y seis mixtas y al poco tiempo de nacionalizar el crudo, las empresas estatales gastaban veinte veces más que solo diez años antes.

Al llegar Herrera Campins a la presidencia, el panorama era aterrador y tuvo que utilizar el hacha sin contemplaciones y pagar los platos rotos de los desbarajustes de su antecesor: el 18 de febrero de 1983, con la economía al borde del colapso, se vio obligado a devaluar el bolívar, que perdió ese día –que quedó en la historia de Venezuela como el “Viernes Negro”– su larga equivalencia de muchos años de 4,30 bolíva-res por dólar.

Unos meses después de su visita a la casa de Llopis en Contadora, el 18 de enero de 1986, Aristides Calvani murió en un accidente de aviación en Petén, Guatemala, junto con su esposa Adelia Abbo Fontana y dos de sus hijas, Graciela y María Elena. Con su muerte, la Democracia Cristiana en Latinoamérica perdió a uno de sus más firmes y competentes puntales. Y para honrar su memoria, la Internacional Demócrata Cristiana concede desde entonces anualmente el Premio Aristides Calvani por la Paz, la Democracia y el Desarrollo Urbano.

Calvani, que fue el promotor del Opus Dei en Venezuela, y su esposa Adelia Abbo, se encuentran en proceso de beatificación.

Pero no solo el aura de la beatitud sopló alguna vez entre las estancias de la casa de José Félix en Contadora. También, y con mayor frecuencia, el de la inmortalidad, pues en varias ocasiones uno de los “inmortales” de las letras francesas, el dramaturgo y poeta René de Obaldía, ha sido invitado de Llopis.

Obaldía es hijo del panameño José Clemente de Obaldía, que fue cónsul de su país en Hong Kong, donde nació René en 1918, y de una francesa de origen picardo. El abuelo paterno de René, José Domingo de Obaldía, fue el segundo presidente de la República de Panamá, allá por 1908. Aunque con un par de meses de retraso, yo invité a René a que viniera a pasar las Navidades de 2008 a Contadora, para celebrar sus noventa años, cumplidos el 22 de octubre. Pasamos unos días inolvidables. La crítica literaria

siempre ha dicho que la prosa de Obaldía está llena de un humor pícaro muy acusado, muy *cocasse*, como dicen en Francia, pero es que su conversación es aún más humorística, más chispeante y tiene una excelente memoria para las citas más chuscas... Yo, como embajador de Panamá ante la UNESCO, representé en 1999 a Panamá en la ceremonia donde René fue investido miembro de la Academia Francesa, uno de los ‘inmortales’ como llaman en aquel país a los académicos, un honor que desde que el cardenal Richelieu creó la Academia en 1635 únicamente han alcanzado unos setecientos franceses, pues hay que tener en cuenta que en cada momento solo puede haber cuarenta académicos en la institución... Cuando murió el escritor Julien Green, René fue elegido para ocupar su sillón.

La madre de René de Obaldía abandonó a su marido, el cónsul panameño y, junto con los tres hijos del matrimonio, cuando estos eran aun muy pequeños, se trasladó a Francia; el futuro académico ya no volvería a ver a su padre. Tuvieron que pasar muchos años y muchos sucesos –cuatro años prisionero en un campo de concentración alemán, sus éxitos como dramaturgo, *Génousie*, *Le satyre de la Villette*, *Du vent dans les branches de sassaffras...*– hasta el 18 de septiembre de 1972, día en que por fin llegó a Panamá para conocer el país del cual su abuelo José Domingo había sido presidente y en el que residían numerosos miembros de la larga saga de los Obaldía.

Años después, en 1993, cuando René de Obaldía publicó una especie de memorias con el título de *Exobiographie*, rememoraba los encuentros con sus parientes panameños, sin poder evitar el rasgo de humor que de continuo salpica su prosa y que le haría escribir que ante tanto agasajo familiar le venían a la memoria estas palabras de Jules Renard: “Tout le monde n’a pas la chance d’être orphelin” [No todo el mundo tiene la suerte de ser huérfano].

Tampoco esta noche en Contadora está huérfana de recuerdos. La entrada de Fidel Castro en La Habana el 1 de enero de 1959 y la instauración de un régimen que se ha ido autoalimentando a través de los años de críticas feroces y ditirambos encendidos, iba a cambiar la vida de José



El dramaturgo y poeta René de Obaldía

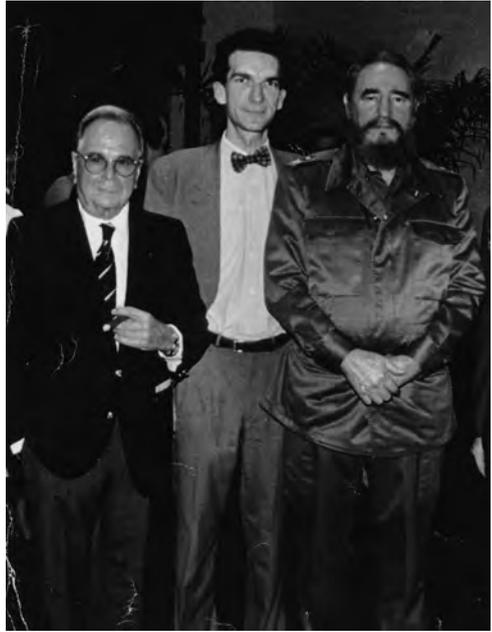
Félix Llopis, que todavía recuerda, con esa nitidez con la que la memoria se empeña en reproducirnos ciertas escenas de terror, a un grupo de cubanos en el aeropuerto habanero, camino del exilio a México:

Yo iba de París a México, me parece que era el año 1966 o 67, y el avión hizo escala en La Habana y todos los pasajeros tuvimos que bajar. Allí había un grupo de cubanos, que ni siquiera se atrevían a levantar la vista del suelo y que sin venir a cuento eran maltratados por los policías, lo aguantaban todo porque no había manera de protestar y a pesar de todo se consideraban unos privilegiados porque iban a poder salir de aquel infierno... Pero lo que más me impresionó fue que nada más despegar el avión todos se pusieron a rezar en voz alta y después no pararon de cantar...

Los olores parecen perseguirlo en ésta noche húmeda y caliente, sensual.

Yo conocí a Fidel Castro poco después de entrar en La Habana y es curioso, le conocí en un sitio que se llamaba El Carmelo, un bar donde servían buenos tragos, el más elegante de toda La Habana. A pesar de que ya era quien era, allí acudía él algunas veces, bien de noche, a tomar coñac y a fumar unos puros estu- pendos, pero no los Cohibas que luego él haría famosos en todo el mundo... Bueno, el caso es que hace unos diez años yo fui a La Habana con una misión de hombres de negocios de Francia. Cuando fuimos a ver a Castro y nos fue saludando, al llegar ante mí se me quedó mirando y casi al mismo tiempo de que el emba- jador de Cuba en Francia, que hacía las presentaciones, Raúl Roa Kourí, le explicaba que ya nos conocíamos, él puso una cara extraña, como queriendo recordar, y dijo ‘¿Nos conoce- mos?’, y le recordé dónde nos habíamos conocido y los estu- pendos puros que nos habíamos fumado en aquel restaurante bar. ‘Yo –me dijo entonces Castro– ya no fumo puros, por una promesa que le hice a la Organización Mundial de la Salud, pero me encantaría poderlos fumar...’. Al día siguiente, me mandó al hotel un mazo de cincuenta puros de los que especialmente elaboran para sus compromisos sociales. Dos días después, hubo un almuerzo en la misión francesa, ofrecido por el embajador de Francia y al que asistió Castro. Ya en las copas, de pronto oigo la voz de Castro que dice ‘¿dónde está Llopis...?’, así que me levanté y fui a la mesa donde estaba él con el embajador francés y cuatro o cinco comensales más. Yo me puse a su lado y él se giró levemente y con una copa de licor en la mano, me dijo: ‘Oiga, Llopis, me han puesto un licor de pera, pero resulta que esto no huele a nada, ¿qué se le ocurre a usted que podría- mos hacer?’. ¡Imagínate, Castro, que ya me tenía identificado como vendedor de perfumes, haciéndome aquella pregunta...! ¿Y qué le respondía yo? Y no se me ocurrió otra cosa que decirle: ‘Comandante, yo creo que lo más adecuado es pedirle al emba- jador de Francia que abra otra botella...’. Se echó a reír y así acabó el breve diálogo.

En la biblioteca de su casa de Contadora, José Félix Llopis tiene una fotografía en la que se le ve con Fidel Castro. Una foto que un día le



La foto con Fidel Castro que hizo torcer el gesto a uno de los 'halcones' del presidente George W. Bush. De izquierda a derecha, José Félix, Stefan Witkowski y Fidel Castro.

hará torcer el gesto, entre la sorpresa y cierta contrariedad, a uno de los más duros “halcones” de la política norteamericana.

El presidente George W. Bush, en medio de una fuerte resistencia del Senado de Estados Unidos y de la mayoría de las cancillerías de América Latina, logró imponer a Otto Reich, aunque brevemente, como secretario de Estado adjunto encargado del hemisferio occidental. Reich, halcón entre los halcones, mantenía un largo entrenamiento en esa diplomacia que se hace fuera de las embajadas, en lo oscuro, como dicen los mexicanos. Bush, para salirse con la suya, tuvo que recurrir a una triquiñuela y nombrarle en enero de 2002, cuando el Senado iniciaba un periodo de vacaciones, pues los senadores se habían negado incluso a recibir a Reich en una sesión preceptiva, previa a su nombramiento. Pero en enero de 2003, y para no chocar frontalmente con el Senado, Bush tuvo que sacar a Reich de aquel cargo, aunque lo nombró emisario especial para cuestiones de América Latina. Los poderosos apoyos en la sombra de Otto Reich no se iban a dejar torcer el brazo por la impopularidad pública del austriaco-cubano-norteamericano, que les era muy necesario para defender sus intereses imperialistas en la región...



Otto Reich en Santiago de Chile en el año 2003.

Otto Reich, hijo de padre austriaco y madre cubana, nacido en Cuba en 1945, se distinguió desde muy pronto como un furibundo enemigo de Fidel Castro y, consecuentemente, de todo lo que tuviera el más leve tinte de izquierdas en Latinoamérica.

Uno de los colaboradores de Llopis en Panamá, Aurelio Barría, había establecido una cierta relación de amistad con Reich y fue invitado a su toma de posesión como secretario de Estado adjunto, en Washington. Allí estuvo también José Félix, que lo recuerda así:

Barría, supongo que con la aquiescencia de Reich, nos invitó a que le acompañáramos a Washington a Alberto Mota y a mí, y allá nos fuimos los tres. El acto, con la solemnidad del caso, fue presidido por el entonces secretario de Estado Colin Powell. Luego, Reich, que ya digo que era un digno representante de los ‘halcones’, pero muy simpático y muy hábil, invitó a un grupo de personas a que le acompañáramos a su casa para tomar una copa... Meses más tarde, cuando ya Bush le había tenido que quitar el puesto, Reich vino a Panamá. Yo estaba en París, pero Barría, tras consultarme, lo invitó a un almuerzo en mi casa de Contadora. Después de la comida, los comensales se fueron a tomar el café a la biblioteca y nada más entrar, Reich se quedó mirando fijo una foto en la que estoy con Fidel Castro y, según supe después, no hizo ningún comentario, pero sí que puso un gesto que lindaba con el desagrado...

Años después, Aurelio Barría llega a Contadora para pasar un fin de semana en casa de José Félix Llopis acompañado, también, de Otto Reich, ya retirado de la política activa, pero al que le sigue su larga fama de “halcón” como la sombra al perro. Que el golpe de Estado contra el presidente hondureño Manuel Zelaya, en la noche del 26 de junio de 2009, pilló a Reich *in albis*, fue evidente. Nada más llegar a la casa de Llopis en Contadora en la mañana del sábado 27, los viejos tics del “halcón” pudieron más que la silenciosa e insistente llamada de la piscina, que invitaba a un baño relajante, y allí andaba el antiguo conspirador de tantas guerras contra los movimientos izquierdistas en Centroamérica embebiéndose las páginas de internet que informaban del golpe en curso, lejos, se supone que a su pesar, de su campo de acción y de su protagonismo personal. Y ese sábado día 27, después de recibir una llamada de teléfono, Reich informaba a los reunidos, con un cierto tono de vanidad, de que el delegado de Venezuela en la Organización de Estados Americanos (OEA) estaba diciendo en aquellos momentos en la sede del organismo en Washington “que en el golpe contra el presidente Zelaya estaba involucrado Otto Reich, que andaba oculto en algún lugar de Centroamérica...”. Que los servicios secretos venezolanos tenían localizado a Reich en la zona estaba claro, pero que el tramador de tantas intrigas políticas se estaba enterando de los sucesos por internet era más evidente aún. Cría fama...

Si la violencia iba a abrir sus anchos y oscuros brazos para darle a José Félix Llopis la bienvenida a América, otra violencia, tan espantosa como la de la Guerra Civil española, la de la Segunda Guerra Mundial, le había dado la despedida de Europa.

Todo empieza en los primeros meses de 1937, cuando el cónsul inglés en San Sebastián hace de salvaguarda para que Llopis, acompañado de su abuela materna Balbina González de Lamela, pudiera cruzar la frontera con Francia y se reuniera con su padre, el doctor José María Llopis, que se encontraba en París, desde pocos días después de iniciado el alzamiento del general Franco, enviado por el gobierno legal de la República en misión oficial para poner en funcionamiento una cadena abastecedora de medicinas y víveres, pues ya se sospecha en Madrid que el conflicto puede durar mucho tiempo. También se encontraban en París,

desde finales de 1936, su madre, Isidora Lamela, y su hermana María Teresa, que habían podido abandonar la zona franquista por un canje con otras dos personas de la zona republicana. El hermano mayor, Álvaro, estaba estudiando en la ciudad alemana de Bremen y pronto se uniría a toda la familia.

No recuerdo la fecha exacta en la que el cónsul inglés nos puso en el tren que nos llevaría desde Hendaya a París, pero tuvo que ser necesariamente antes de que se inaugurara la exposición internacional de París, en mayo de 1937, y es que recuerdo, tenía yo diez años, la impresión que me produjo la fuente de mercurio que había en el pabellón español, que echábamos monedas y no se hundían... Estaba también el *Guernica*, aunque no me impresionó tanto, yo era muy niño para darme cuenta de su valor, aunque sí recuerdo bien que la cabeza del caballo me daba algo así como miedo o una extraña sensación; pero sí que después le di muchas vueltas a la rapidez con la que Picasso había pintado uno de los cuadros más famosos de la historia, dado que el bombardeo de Guernica ocurrió en la tarde del 27 de abril de 1937 y el cuadro estaba en la exposición, que yo debí de visitar poco después de su inauguración. Luego he sabido que lo pintó en seis semanas, y que lo empezó el primero de mayo y hasta se sabe que la cabeza y el caballo los puso en el lienzo el 8 de mayo, o sea, que si lo terminó el 4 de junio, yo lo tuve que ver unos pocos días después... Había también en el pabellón español una escultura de Alexander Calder sobre aquella especie de fuente de mercurio de las minas de Almadén... y siempre me he preguntado por qué estaba allí o que relación tenía Calder con España..., o sea, que yo debí de llegar a París hacia marzo o abril de aquel año.

Pasados los años José Félix Llopis conocería a Picasso, y éste le daría algún consejo sobre cómo invertir el dinero, que en la vida del pintor era casi tan consustancial como manejar los colores; no daba una pincelada de balde. Al gobierno de la República española, el encargo de que pintara el *Guernica* le costó ciento cincuenta mil francos, que se pagaron a tocateja a pesar de las penurias de la guerra. La factura que acreditaba ese pago terminó por ser, una vez muerto el general Francisco



La fuente de mercurio de Calder, tal como se expuso en París en 1937, con el *Guernica* de Picasso al fondo.

Franco, la pieza clave para que el cuadro, depositado en el Museum of Modern Art de Nueva York, pudiera volver definitivamente a España en 1981: con ella se acreditaba que el cuadro pertenecía legítimamente a España, y había sido firmada el 31 de mayo de 1937, en nombre del gobierno de la Segunda República, por el escritor Max Aub, consejero cultural de la embajada de España en Francia, con el visto bueno del embajador Luis Araquistáin, entre cuyos papeles apareció en un piso de Ginebra en 1977.

París le sirvió a José Félix Llopis para no vivir los horrores de la guerra en España, aunque en abril de 1939 se va a encontrar cara a cara, en la mismísima escalera de la casa en que vivía, con el rostro amargo y triste de la derrota.

La España perdedora acude en masa a París, se desparrama por toda Francia, huye a América, inicia un larguísimo calvario que solo los años irán mitigando, aunque la memoria del horror perviva. La represión franquista es feroz, encarnizada. Los juicios sumarísimos y los fusilamientos se convierten en la rutina diaria y parece que solo se oye el ruido de esos disparos; todo el país da la sensación de haber entrado en el reino del silencio ominoso, de un mundo de mudos: hay miedo a hablar y hasta a pensar. Eso es lo espantoso: llegar a tener miedo de los pensamientos por si no coinciden con la ortodoxia de los nuevos tiempos, a la de esa España Imperial que el caudillo Francisco Franco quiere rescatar de no se sabe bien qué baúl de la Historia.

A algunos, muchos, les gustaría olvidar la derrota y otros, los vencedores, proclaman que perdonan pero no olvidan, Francisco Franco *dixit*,

y lo dijo cuando ya tenía a España silenciada, humillada y encerrada en un puño de hierro que apretaba con su voluntad omnímoda.

Hace unos días me comentaron algo de un libro sobre Victoria Kent. Yo estoy seguro de que entre mi padre y mi hermano Álvaro le salvaron la vida cuando estaba en el exilio en París, pero en el libro no se nombraba a nadie de mi familia, ¿será por mala memoria?

La Granja de San Ildelfonso, en la provincia de Segovia, a unos ochenta kilómetros de Madrid, en la vertiente norte de la sierra de Guadarrama, fue desde siempre, y es aún, un excelente lugar para pasar los asfixiantes veranos de Castilla, como bien aprendieron desde muy pronto los reyes de España. Los padres de José Félix Llopis, desde poco después de casarse, se trasladaban a La Granja para pasar los meses de verano, aunque don José María, por su trabajo, solo acudía los fines de semana. Allí los va a sorprender el golpe militar del general Francisco Franco.

Se lo oí contar muchas veces a mi padre y por eso lo recuerdo muy bien... El día 17 de julio nos fuimos a pasar el día a Segovia, que está a muy pocos kilómetros de La Granja, toda la familia menos Álvaro, que estaba estudiando en Alemania. A la entrada de la ciudad vimos un extraño movimiento de militares y en un retén nos paró la guardia civil y un agente, que conocía a mi padre, se acercó a la ventanilla del coche y le dijo: ‘doctor, no entre en la ciudad, dé media vuelta y váyase, hágame caso’. Mi padre, muy preocupado, dio la vuelta y regresamos a La Granja; nada más llegar, llamó por teléfono a Victoria Kent, que también veraneaba allí... Sé que le dijo lo que había pasado, pero no recuerdo qué contestó ella. Tras esa llamada a Kent, mi padre salió para Madrid y, a las pocas horas de su partida, el Regimiento de Comunicaciones de El Pardo tomó el pueblo y nos quedamos encerrados en zona franquista, prácticamente incomunicados con Madrid. Lo que no se es cómo logró salir de allí Victoria Kent, que era una mujer muy significada de la izquierda y en zona franquista lo hubiera pasado mal. Ésa fue la primera vez en que mi



José María Llopis e Isidora Lamela, en su casa de Madrid, antes de que estallara la Guerra Civil.

padre la avisó de un peligro inminente, pero hubo otra, mucho más vital para ella, en París...

La incomunicación del doctor Llopis Recio con su familia fue total en esos primeros días de la Guerra Civil, hasta que el gobierno le envió en misión oficial a París.

Luego supimos que algunas veces mi padre subía hasta lo alto de la sierra de Guadarrama para divisar La Granja e imaginarse que todos estábamos bien... Y bueno, quitando la ausencia dolorosa de nuestro padre, la vida para nosotros transcurría con una cierta normalidad, menos la vez que entro un obús en nuestra casa, que por fortuna no causó daños. En casa también estaban dos primos nuestros, Juan José y Conchita, hijos de una hermana de mi padre y, por si fuera poco, también acogimos en ella, un poco para protegerlos, al hijo y a las hermanas de Antonio Velao Oñate, de

Izquierda Republicana, que por aquellos días era ministro de Obras Públicas. Mi madre no las conocía de nada, pero se enteró de que estaban en dificultades y se las llevó a casa. Un día, las tres fueron detenidas, pero a mi madre la dejaron libre a las pocas horas. Las dos hermanas y el hijo del ministro quedaron presas y mi madre les llevaba comida..., o sea, que mi casa estaba repleta de gente, pues también vivía con nosotros mi abuela Balbina, con la que me quedé yo cuando mi madre y mi hermana fueron canjeadas y salieron para París, a finales de 1936. También se quedaron mis primos, pues su madre había muerto dando a luz a la niña, y ella y su hermano estaban al cargo de una especie de ama de llaves, María se llamaba, que era una mujer muy de derechas, tenía un carácter muy fuerte, a mí como que me daba cierto temor, e hizo todo lo posible porque mis primos no fueran canjeados; por eso tuvieron que pasar toda la guerra en España...

España entera empieza a desangrarse en medio de una oleada imparable de furia y odio que en realidad no era sino el epílogo de un siglo XIX sangriento y desgarrado que fue incubando en la sociedad un rencor que los políticos demagogos, incompetentes y corruptos no solo no supieron atajar sino que consideraban un juego necesario para sus intereses.

Tampoco la iglesia Católica fue ajena a la tragedia.

Yo siempre he sido católico practicante, pero ¡aquellos obispos apoyando a Franco...! ¡apoyando la insurrección militar...! Como La Granja cayó en zona franquista, todos quedamos bajo su férula y a todos nos hicieron falangistas a la fuerza. Todavía me recuerdo con horror, vestido con un pantalón corto y una camisa azul y boina roja, el uniforme de ‘pelayo’, que era como la Falange llamaba a los niños, con un fusil de madera, yendo a oír misa los domingos y desfilando después delante de la iglesia, con el cura en la puerta, como dándonos la bendición...

La Carta Pastoral de los Obispos Españoles, hecha pública el 1 de julio de 1937, un año después de iniciado el conflicto y cuando ya la violencia había convertido España en el escenario de la tragedia más horrorosa de su historia, todavía levanta ampollas. Es verdad que en

todo su texto no aparece ni una vez la palabra cruzada, como se ha dicho a veces erróneamente, pero es una defensa inadmisibile del derecho a la rebelión contra un gobierno legítimo por parte de “un movimiento cívico-militar”.

La Carta, escrita bajo la presión de Franco y de su régimen, eso sí, fue firmada por cuarenta y ocho prelados, ocho arzobispos, treinta y cinco obispos y cinco vicarios, encabezados todos ellos por el cardenal Isidro Gomá y Tomás, arzobispo de Toledo, a quien en las fotografías de la época es frecuente ver, con toda la pompa de sus vestiduras sagradas encima, saludando brazo en alto, al más puro estilo fascista.

No la quisieron firmar, y nunca reconocieron el gobierno de Franco, el cardenal catalán Francisco de Asís Vidal y Barraquer, que por las presiones del franquismo tuvo que abandonar España para morir en 1943 en la ciudad suiza de Friburgo, ni el obispo de Vitoria, Mateo Múgica, que igualmente tuvo que exiliarse y, aunque regresó en los años sesenta, no pudo reintegrarse a su obispado y murió en Zaragoza en 1968.

Mucho más tarde, porque la dictadura franquista no olvidaba, hubo otro caso más sangrante y despiadado, cuya verdadera felonía solo se conoció setenta años después, para hacer cierto lo que decía el escritor romano Aulo Gelio en sus *Noches áticas* de que la verdad es hija del tiempo. En octubre de 2008 se publicaba en Madrid el libro *Conspiración contra el obispo de Calahorra. Denuncia y crónica de una canallada*, cuyos autores son el magistrado Antonio María Arizmendi y el historiador Patricio de Blas.

El obispo de la diócesis española de Calahorra, Fidel García Martínez, contravino las instrucciones dadas por el general Francisco Franco de que en la España Nacional no se publicara la encíclica *Mit brennender Sorge* [Con ardiente preocupación], en la que el papa Pío XI condenaba el nazismo, levantando las iras de Hitler, que ordenó que se buscaran y destruyeran todos los ejemplares que se encontraran. Y Franco siguió la consigna, pero el prelado no solo publicó la encíclica en el boletín de su diócesis, sino que incluso defendió públicamente que la dignidad del hombre no podía ser avasallada por el Estado.

Tardaron en vengarse, pero se vengaron. En 1952, y tras una campaña de intensos rumores sobre la vida no santa del obispo, por fin le dieron el golpe de gracia: un informe policial aseguraba que al obispo

Fidel García Martínez, de 73 años, le habían sorprendido en un burdel de Barcelona, metido en la cama con una de las pupilas. El informe tenía el carácter de “reservadísimo”, pero el prelado lo supo y le amargó su vida y dio al traste con su brillante carrera dentro de la Iglesia.

Diez años más tarde, cuando las circunstancias estaban cambiando y ya Franco no tenía que ser amparador del nazismo, encargó otro informe al Servicio de Información Militar en donde se reconocía que todo había sido una falsedad. Se le ofreció al obispo una disculpa, siempre que no se hiciera pública, que Fidel García Martínez rechazó de plano.

Afortunadamente, la vida de “pelayo” en La Granja va a durar poco tiempo. Las gestiones de Llopis padre en París dan resultado y, cuando José Félix se sube al tren en Hendaya, deja atrás un mundo que, en cierta manera, no rescatará más.

Ya nunca va a volver a vivir en España de forma estable y, aunque español hasta las cachas, se convertirá en un transeúnte asiduo de aeropuertos, un cliente habitual de hoteles y habitante de un reguero de domicilios en los que reside esporádicamente, a salto de mata. Su vida se convierte en una vorágine donde los viajes, los negocios y el coleccionismo de arte marcan la ruta.

Una ruta larga que a veces le ofrece el descanso y el sosiego de las nuevas amistades. Christian Dior se va a cruzar en su camino. Y en Parfums Dior va a conocer a Jacqueline de Guitaut, con la que le unirá una gran amistad para siempre, y gracias a ella accederá al círculo de los íntimos de Georges Pompidou, primer ministro de Francia, presidente de la República y uno de los hombres de Estado más sólidos del siglo XX.

Guitaut era muy amiga del matrimonio Pompidou y veraneaba con ellos en Saint-Tropez. Yo también pasé allí algún verano, en un apartamento que alquilábamos unos amigos. Cuando Pompidou se iba los lunes a París, me dejaba su lancha rápida fuera de borda; lo que más recuerdo de ella era que se tragaba más de cien dólares de gasolina al día y entonces ¡cien dólares eran cien dólares!

Pero antes que el político, estuvo el hombre de letras; Pompidou se hizo amigo íntimo, en el liceo donde ambos estudiaron, de Léopold

Sédar Senghor, el gran poeta senegalés, que llegó a ser presidente de su país –una vida casi paralela a la suya propia– y de Aimé Césaire, que introdujo el concepto de la “negritud” en la poesía como defensa de las raíces africanas. Georges Pompidou, que editó una célebre *Antología de la poesía francesa*, fue profesor de literatura. José Félix recuerda que la persona a la que más veces citaba Pompidou era Racine, como un dios del Olimpo poético al que invocaba diariamente.

Cuando José Félix llega a París, camino de cumplir diez años, no se le puede ni pasar por la cabeza que varias décadas más tarde también llegará un día a la capital francesa como Embajador de Panamá ante la UNESCO, pero entonces le quedan aún muchos años para convertirse en el próspero empresario que llegará a ser, aunque maneras de ello ya asomaban.

Yo no creo en esas cosas, por supuesto, pero que en mi vida me haya dedicado a los negocios, al comercio, y todo ello en países de América, pues parece que está marcado por el día de mi nacimiento... Yo nací el 3 de diciembre de 1927 y ese día, curiosamente, el gobierno del dictador Miguel Primo de Rivera publicó un decreto por el que se anunciaban las medidas proteccionistas que tomaba el gobierno para defenderse de los comerciantes extranjeros..., a mí eso, en tiempos de mis empresas en el extranjero, me hubiera hecho polvo, pero bueno, aquello era una política... no sé si necesaria, pero sí muy populista, muy propia de dictadores, quiero recordar que el Estado se arrogaba el monopolio del tabaco, del petróleo, del teléfono, la nacionalización del ferrocarril... y con tales medidas querían promover la exportación de aceite de oliva a América Latina! El otro acontecimiento que podría haber vaticinado mi destino, pero ya digo que yo no creo mucho en esas cosas, es que ese año de mi nacimiento, Charles Lindbergh cruzó por primera vez el océano Atlántico, sin escalas, en treinta y tres horas y media, saliendo de Nueva York para aterrizar en París...

Francia, América, ahí sí que estaba su destino...